

La Asamblea Constituyente: entre la utopía y el desencanto

Hervé Do Alto y Pablo Stefanoni

Las elecciones del 2 de julio para elegir a los miembros de la Asamblea Constituyente representaron un prematuro plebiscito para el gobierno de Evo Morales Ayma, antes de cumplir los seis meses en el Palacio Quemado. Con el 50,7% de los votos obtenidos por el Movimiento al Socialismo (MAS) se ratificó el nuevo rumbo iniciado con la nacionalización de los hidrocarburos, decretada dos meses antes y escenificada con la ocupación militar de los campos petroleros, las refinerías y las gasolineras de todo el país. Y esta victoria electoral se amplificó con el derrumbe de la capacidad seductora de una derecha que hegemonizó el poder desde mediados de los años ochenta: Poder Democrático Social (Podemos), la principal expresión conservadora, cosechó apenas el 15%, casi la mitad de los votos de las presidenciales del 18 de diciembre de 2005.

Sin embargo, pese a la expansión del oficialismo hacia el oriente y sur del país -ganó en Tarija con el 41% y en Santa Cruz con el 25%- el bastión *masista* sigue siendo el occidente aymara y quechua, donde el gobierno consiguió la mayoría absoluta en todos los departamentos (La Paz, Cochabamba, Chuquisaca, Oruro y Potosí). Estas “dos Bolivias” se expresaron en los resultados del referéndum autonómico paralelo a la elección de constituyentes: si bien el No a las autonomías departamentales se impuso a nivel nacional -un triunfo casi personal de Evo Morales- el Sí ganó con amplitud en Santa Cruz, Tarija, y en los menos poblados Beni y Pando, anticipando un escenario complejo en la Asamblea Constituyente que sesionará entre seis meses y un año, y deberá responder a las difusas, pero bien adheridas expectativas de los movimientos sociales y sindicales: que la convención sea el ámbito para refundar el país, luego del largo apartheid contra las mayorías indígenas.

Las dificultades para concretar esta tarea no son pocas. Como lo mostraron sus primeros pasos, la Constituyente es un escenario potencialmente conflictivo, a lo que se suma que, en Bolivia, las batallas políticas suelen pasar fácilmente de las instituciones a las calles.

¿Una “salida pactada”?

Al asumir el poder pareció imponerse la idea de “salida pactada” -entre los indígenas del occidente y las élites empresariales del oriente- promovida por el vicepresidente Álvaro García Linera. En ese marco, junto al apuro para aprobar una la ley de convocatoria a la Constituyente y el referéndum por las autonomías, se acordó la pregunta de la consulta popular -a la que incluso el MAS dijo que respondería afirmativamente- y la necesidad de dos tercios de la convención para aprobar el texto final de la nueva constitución política del Estado. Esta mayoría especial es visualizada por la derecha política y regional como un límite a la

hegemonía indígena y popular corporizada en el MAS, que estaría llevando al país por el camino de la Venezuela de Hugo Chávez.

Pero Evo Morales no tardó en distanciarse de estos acuerdos iniciales: el primer golpe de timón lo dio a poco más de un mes de las elecciones, cuando declaró públicamente que votaría No a las *“autonomías de la burguesía”* y entroncó con la posición negativa, pero hasta ese momento casi subterránea, de los sindicatos campesinos que constituyen el núcleo duro del partido de gobierno. El segundo paso fue poner en duda los dos tercios, no alcanzados por el MAS, y proponer que estos sean operativos para aprobar el texto final de la Carta Magna, pero no los artículos individuales, lo que se enfrentó al rechazo de la derecha y empantanó el inicio de las deliberaciones. Así, el gobierno se debate hoy entre dos estrategias: llevar las posiciones del oficialismo hasta el final, aún a riesgo de que la oposición conservadora se retire de la convención, o buscar consensos que *“reconozcan a la mayoría”* y no desdibujen el proyecto de cambio promovido por el mandatario boliviano. García Linera declaró el 22 de agosto que *“en democracia es la mayoría la que toma las decisiones, las minorías tienen derechos pero no puede ser rehén de minorías transitorias que recurren al chantaje”*. Y Morales señaló que *“no tiene sentido una mera reforma constitucional”*.

Al mismo tiempo, las idas y vueltas descritos son un síntoma del rumbo general del gobierno: el *“populismo-sindicalista”* de Evo Morales -que no escapa al discurso confrontacional y a la polarización del campo político- se fue imponiendo al *“indigenismo-socialdemócrata”* de García Linera, lo cual no ocurrió de forma conflictiva, sino a partir del reconocimiento vicepresidencial del liderazgo del todavía jefe cocallero, quien le ha impuesto al gobierno su sello personal.

Y es también en este marco que se produce el entronque histórico entre el nuevo nacionalismo indígena en el poder y el viejo nacionalismo militar boliviano. Evo Morales revitalizó la antigua alianza popular-militar del nacionalismo latinoamericano y la puso en práctica en dos momentos claves: la nacionalización de los hidrocarburos el 1º de mayo -cuando las Fuerzas Armadas ocuparon los campos petroleros- y la inauguración de la Asamblea Constituyente el 6 de agosto, con miles de indígenas y campesinos, provenientes de los rincones más remotos de Bolivia, marchando junto a los militares delante de la Casa de la Libertad, en Sucre.

El MAS contra las masas o las fantasías de los teóricos de la multitud

¿Cómo se explican los límites de la experiencia sui géneris que representa el gobierno de Evo Morales, incluida la deficiente ley de convocatoria a la Asamblea Constituyente que le da a la derecha poder de veto sobre la posibilidad de un cambio radical y autolimita el poder del MAS en su momento de mayor legitimidad? Raúl Zibechi /1 anticipa el fracaso de la convención y sostiene que *“por penoso que resulte, debe reconocerse que una demanda nacida de los movimientos, defendida al calor de levantamientos masivos desde la ‘guerra del agua’ del año 2000 en Cochabamba, quedará atrapada en los vericuetos de una burocracia estatal que*

1/ “Bolivia: el deseado empate técnico”, *La Jornada*, México, 10-7-2006.

tiende a consolidarse. El que la maquinaria estatal colonial quede cubierta de ponchos y polleras no modifica de modo sustancial los hábitos y modos de su funcionamiento”. Y le atribuye este devenir a la teoría del “empate catastrófico” de García Linera, a la “tentación del poder estatal” y al pasaje del “momento insurreccional al momento institucional”. “La ley de convocatoria ha reducido el espacio político abierto por los movimientos sociales en los años de lucha anteriores”, dicen Raquel Gutiérrez Aguilar y Dunia Mokrani /2, y agregan: “Dada la captura de la ‘política constituyente de la multitud’, desplegada en años previos por el orden legal instituido, que tiñe a la actual Ley de Convocatoria a Asamblea Constituyente redactada por el vicepresidente García Linera, los contenidos políticos de fondo parecen estar hoy curiosamente ausentes del debate”.

Los problemas descritos por estos textos son reales, pero las atribuciones de responsabilidades parecen demasiado rápidas (y no muy fundamentadas). Cualquiera que hay participado en congresos sindicales en Bolivia sabe que de allí salió la “tesis del instrumento político” -electoralmente, el MAS- que buscó centralizar la representación política popular frente a la derecha y ocupar el poder del Estado (la consigna de “cambiar el mundo sin tomar el poder” jamás tuvo eco en Bolivia). Es más, la lectura actual es que si no hubieran logrado esa centralización, hoy Evo Morales no estaría en el Palacio Quemado y el cuento sería otro: quizás la *multitud* resistiendo -y muriendo- en las calles. Por otro lado, si “el escenario actual ha dejado de ser un espacio amplio de deliberación e intervención directa” es por la dinámica de los propios movimientos sociales bolivianos, que presentan picos de acción colectiva para luego replegarse hacia los ámbitos corporativos que determinan su lógica de funcionamiento; pero estos “límites” del movimiento social están fuera del horizonte de los autores. Como tantas otras veces, estos análisis reivindican a una *multitud* ideal que normalmente se estrella con los movimientos sociales realmente existentes, de los cuales emerge el MAS.

¿De dónde sale acaso la legitimidad -y la cultura política, incluso en su faceta *caudillista*- de Evo Morales sino de esos movimientos sociales? Otra cosa es que esas organizaciones no se adapten a los moldes de los teóricos de la *multitud*.

A la hora de nombrar representantes “puros” de los movimientos sociales que no están en la Asamblea, Gutiérrez y Mokrani mencionan a Óscar Olivera, quien tuvo un papel relevante en la “guerra del agua” pero carece actualmente de cualquier capacidad de movilización. Lo paradójico es que Olivera no llegó a postularse por el fracaso del frente electoral de los “excluidos” del MAS, que incluía a figuras como el mayor David Vargas, jefe del motín policial de febrero de 2003 y con contornos ideológicos bastante ambiguos. También parece quedar fuera de análisis que movimientos sociales “radicales” como los de la ciudad de El Alto apoyaron todas las salidas electorales desde 2003.

La realidad parece ir por otro lado. El gobierno del MAS, y sus enormes dificultades de gestión, no son ajenas a problemas más terrenales como la falta de cuadros y la completa inexperiencia en el manejo del Estado (esa fue la crítica más frecuente en la autoevaluación gubernamental a siete meses de gestión). No sólo el MAS sino la

2/ Una Reflexión sobre el Proceso Constituyente en Bolivia, en *Bolpress*, 18-7-2006.

mayoría de los movimientos sociales llegan a la Asamblea Constituyente con muchas dificultades para transformar su voluntad de “refundar” el país en propuestas concretas de cambios institucional y democratización del Estado.

En ese marco, toma fuerza la idea de “constitucionalizar” los cambios ya iniciados -como la nacionalización de los hidrocarburos o la reforma agraria- más que en el despliegue de una nueva creatividad social. Para el constituyente Yoni Bautista, representante del MAS por La Paz, la Constituyente debe servir “*para que los recursos naturales y la tierra sean propiedad inalienable del Estado, para establecer nuevos derechos para los pueblos indígenas, para democratizar el Estado mediante autonomías diferentes a las que defienden las oligarquías cruceñas*”. En síntesis: los límites de Evo Morales son en gran medida los límites de los movimientos sociales en este camino emancipatorio plagado de obstáculos derivados de siglos de dominación colonial.

Los desafíos actuales

Todavía es demasiado pronto para anticipar si se abre una posibilidad refundacional para Bolivia o un camino al desencanto. “*La Asamblea será el gran escenario del ritual de integración y de acoplamiento de la sociedad en un momento de victoria cuando, por lo general, los momentos de unificación de la sociedad boliviana han sido después de grandes derrotas, como la guerra del Pacífico, la guerra del Chaco, etc.* -sintetizó recientemente García Linera- *Si se logra el gran armisticio nacional la Constituyente habrá cumplido con creces su misión. Pero también la convención será el lugar de materialización de las nuevas relaciones de fuerza en el país y, por lo tanto, de constitucionalización de las principales medidas tomadas por el gobierno*” /3. La lucha contra la derecha política, empresarial y regional en las primeras semanas de la Asamblea Constituyente muestran que el MAS está dispuesto a dar batalla para que la convención sea “originaria” y no derivada, y esté por encima de los poderes constituidos.

Al momento de escribir esta nota, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) ya amenazaba con movilizarse para evitar que los dos tercios deriven en un empantanamiento que haga fracasar la constituyente. Lo mismo hacía el Comité Cívico de Santa Cruz, una organización autoconsiderada el “gobierno moral” de ese departamento y principal animadora de la autonomía regional, en defensa de esos mismos dos tercios, calentando los motores para la batalla por la autonomía. Y este tema es uno de los huesos más duros de roer: para las poderosas élites orientales, la autonomía regional es una especie de muro frente al avance del “populismo indígena”, y después de perder el poder en el ámbito nacional, se atrincheran en sus regiones para defender sus privilegios.

Más allá de los análisis de cierto sector de la izquierda “radical”, lo cierto es que el MAS ganó ampliamente las elecciones del 18 de diciembre con un programa reformista, que proponía recuperar la soberanía nacional, reconstruir el Estado y dejar atrás el colonialismo interno. Y a la luz de esos parámetros deberá leerse el éxito o el fracaso de la actual experiencia de cambio que vive Bolivia.

Hervé Do Alto es historiador y politólogo. **Pablo Stefanoni** es economista y periodista. Han publicado el libro *Evo Morales, de la coca al palacio*. Ed. Malatesta.

3/ *Página/12*, Buenos Aires, 5-7-2006.